

Muy distinto es, por cierto, el cochero de cabriolé. Es necesario tener un génio muy tétrico para no rendirse á sus halagos; á los cuidados que os demuestra; á la paja que pone bajo vuestros piés; á la manta de que se priva, sea que nieve, sea que llueva, para libraros de la lluvia ó del frio; es necesario estar dotado de un mutismo muy obstinado para guardar silencio ante las mil preguntas que hace, ante las exclamaciones que se le escapan, ante las citas históricas con que os acosa. Es que el cochero de cabriolé ha visto el mundo, ha vivido en sociedad: ha llevado un candidato á la Academia á hacer sus treinta y nueve visitas, y el futuro académico le ha hablado de literatura; despues ha llevado á un diputado á la Cámara, y el diputado le ha hablado de política; dos estudiantes han subido despues de éste, hablaron de operaciones anatómicas, y el cochero tomó así mismo algunas nociones de medicina. Ligero, superficial en todo, pero extraño á pocas cosas en el mundo, es irónico, espiritual, alegre, charlatan, gustándole los espectáculos, y tiene casi siempre un pariente ó un amigo que le hace entrar grátis en el teatro.

El cochero de fiacre es el hombre de los tiempos primitivos: no tiene mas roce con los demas individuos que el estrictamente necesario para el ejercicio de sus funciones; pero en cambio, es un hombre honrado.

El cochero de cabriolé, por el contrario, es el hombre de las viejas sociedades. La civilizacion ha llegado á él, y él se ha hecho para la civilizacion. Su moralidad es, poco mas ó menos, la de Bartolo.

En general, los taberneros toman por insignia un cochero de fiacre, con su sombrero encerrado sobre la cabeza, su capa

azul sobre los hombros, la fusta en una mano y una bolsa en la otra, con este lema: *Al fiel cochero.*

Jamas he visto al cochero de cabriolé representado en semejante situacion moral.

A pesar de todo, yo tengo una predileccion particular por los cocheros de cabriolé. Tal vez será porque muy raras veces les doy en que ganar algun dinero.

Cuando me ocupo de algun drama cuyo desenlace no puedo resolver; cuando vuelvo de algun espectáculo que me ha dado sueño; cuando veo alguna comedia que me fastidia, entonces charlo con ellos, y algunas veces me he divertido tanto, que en diez minutos que duraba la carrera, me he sentido recompensado de las tres ó cuatro horas de martirio que acababan de terminar.

Tengo un rincon de mi escritorio dedicado á estos recuerdos de vuelo bajo, si puedo calificarlos así.

Entre estos recuerdos hay uno que ha dejado en mi ánimo una impresion profunda. Y sin embargo, hace ya mas de un año que Cantillon me refirió lo que voy á relataros.

Cantillon conduce el carruaje número 221. Es hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, moreno, de facciones fuertemente acentuadas, y en la época en que le conocí, es decir, en enero de 1881, su traje se componia de un sombrero de fieltro con un resto de galon, un redingote que revelaba haber pertenecido á una librea, y unas botas de charol viejísimas con las vueltas desgarradas. Catorce meses han pasado desde que le conocí, y á esta fecha todos esos restos de grandeza deben haber desaparecido. Pronto comprenderán mis lectores de dónde viene, ó mas bien, porque desde entonces no le he vuelto á ver ó ignoro, por consecuencia, si ha

variado de traje, de dónde venia aquella notable diferencia entre su vestido y el de sus colegas.

Eran las seis de la mañana del 1º de enero. Habia hecho una lista de los amigos y conocidos á quienes debia felicitar en la entrada del año, y mi criado habia ido á buscarme un coche. José eligió á Cantillon, y Cantillon debió esta preferencia á su resto de galon, á su redingote y á sus botas. Su cabriolé, por otra parte, estaba pintado de un color oscuro, en vez de hallarse, como otros, embadurnado de verde ó amarillo, y tenia un aspecto decente.

Una sonrisa de satisfaccion demostró á José que estaba satisfecho de su inteligencia; despedíme de él para todo el dia y me instalé en el carruaje. Cantillon pronunció un sonoro *jarre!* y el caballo partió sin necesidad de que le tocara la fusta, que permaneció en su sitio durante todo el dia, mas bien como un ornamento que como un instrumento de correccion.

—¿A dónde vamos, mi amo? preguntóme el cochero.

—Al Arsenal, casa de Carlos Nodier, respondí.

Cantillon respondió con un ademán que parecia decir: «No solamente sé dónde es, sino que conozco ese nombre.» En cuanto á mí, como en la actualidad me hallaba ocupado en escribir *Antony*, que me daba muy malos ratos, viendo que el movimiento del cabriolé era lo mas suave que me podia figurar, me agazapé en un rincon y me puse á pensar el final del tercer acto, que me inquietaba considerablemente.

Yo no conozco un momento de mayor felicidad para un poeta que aquel en que ve llegar su obra á feliz término. Son necesarios, para llegar á este fin, tantos dias de trabajo, tantas horas de desaliento, tantos instantes de duda, que cuando el poeta vé, en esa lucha del hombre y del espíritu,

tomar forma á la idea que ha acariciado, tiene un instante de felicidad comparable tan solo, salvo su débil organizacion, á la que debió gozar Dios cuando dijo á la tierra: *Sea*, y la tierra fué. Como Dios, el poeta puede entonces decir en su orgullo: «He creado algo de nada; he arrancado un mundo del caos.»

Es verdad que el mundo del poeta no está poblado mas que por una docena de habitantes; que no tiene en el sistema planetario mas espacio que los treinta y cuatro piés cuadrados de un escenario, y que á menudo nace y muere en la misma noche.

Pero es igual; no por eso es menos cierta mi comparacion: yo quiero mejor la igualdad que eleva que la igualdad que rebaja.

Cuantos tratan de holgazan al escritor, al poeta, y son, por desgracia, muchísimos los que así juzgan, no saben que, si cuesta poco ó ningun trabajo concebir una idea, porque la idea nazca por sí sola, como superior á la materia humana, cuesta, en cambio, grandes fatigas desarrollarla, darla forma, plegarla al gusto del público, que es el señor mas tirano, mas déspota, mas exigente que se conoce.

¡Ah! El poeta en ciertos momentos, lo repito, es algo mas que un hombre, y de él podia decirse que tiene algo de Dios y algo de hechicero. Crea, y aunque algunas veces sus creaciones tienen una vida pobre y efímera, pasajera y desconocida, otras veces tienen, por el contrario, una vida inmortal, eterna como el tiempo, que se prolonga al traves de las generaciones.

Armida, esa magnífica creacion del Tasso, vivirá eternamente, y *Hamlet*, esa sublime creacion de Shakespeare, no morirá nunca. Y cuándo se olvidarán, aunque la existencia

de la humanidad se prolongue hasta lo infinito, las estupendas aventuras del *Ingenioso hidalgo don Quijote*, ni las filosóficas marrullerías de Sancho Panza, esas dos maravillosas creaciones del gran génio español, del ilustre Cervantes, que de una manera tan perfecta supo estereotipar en ellas el espíritu de su época?..... ¡Ah! Si hay en el mundo una gloria legítima, una verdadera gloria, esa es la gloria del poeta. El remueve las sombras de lo pasado, evoca los cadáveres de los héroes y de los mártires, los saca de la tumba, los anima con su soplo vivificador, y gracias á él, el mundo los contempla en la escena, revestidos de su verdadero carácter, llenos de vida y de pasión, ora coronados de gloria, ora cubiertos de lodo.

¡Holgazan el poeta! Buscad, buscad vosotros los que con tanto desden le tratais, un trabajo mas ímprobo, mas penoso que el suyo: yo os aseguro que no le encontrareis.

Pues qué, la humanidad no debe algo á los poetas?..... ¿Quién, si esos génius poderosos no existiesen, inmortalizaria las hazañas de los héroes, el valor de los mártires, la gloria de los pueblos? ¿Quién transmitiría de generacion en generacion las antiguas tradiciones, las antiguas leyendas que embellecen y amenizan la historia de cada nacion y que en muchos casos forman su orgullo, como sucede en España, mas orgullosa tal vez de sus tradiciones que de su historia?.... ¡Ah! Sin Homero, las glorias de Grecia no hubieran llegado hasta nosotros; sin Horacio no conoceriamos verdaderamente el mundo romano; sin Dante, las oscuras brumas de la Edad Media nos ocultarian aún el verdadero carácter de aquella época de hierro, y sin Calderon no comprenderiamos tampoco todas las bellezas del renacimiento. No, para enseñar el pasado no basta la historia árida, fría y descarnada; es nece-

sario que ese pasado resucite, en cierto modo, y viva y alienate, y ese milagro solo puede realizarlo la poesía.

Al pensar todo esto, veia, como á través de una gase, mi mundo ideal tomando su lugar entre los planetas literarios; sus habitantes hablaban á mi gusto, andaban á mi modo, estaba contento de ellos, y casi oia en una esfera cercana un rumor nada equívoco de aplausos que probaba que los que veian el mundo por mí creado le encontraban bello y armónico.

Este semi-sueño del orgullo, á que pudiera llamar el ópio del poeta, no me impedia, sin embargo, ver á mi vecino descontento de mi silencio, inquieto al contemplar mis ojos fijos, sorprendido de mi abstraccion y diciendo de cuando en cuando para arrancarme de ella:

— Mi amo, que se cae el carrik.

Mi única contestacion era subirle maquinalmente y colocarle sobre mis piernas.

Si se soplaba los dedos, yo metia silenciosamente las manos en mis bolsillos; si silbaba la *Parisiense*, yo me contentaba con llevar maquinalmente el compas con los dedos: le habia dicho al subir al coche que debiamos estar cuatro ó cinco horas juntos, y el pobre cochera estaba verdaderamente atormentado por la idea de que durante todo ese tiempo guardase un silencio tan poco en armonía con su buena voluntad de charlar.

Al fin, sus síntomas de disgusto llegaron á tal punto, que me dió pena; ya abria la boca para dirigirle la palabra, cuando, desgraciadamente para él, la idea que me faltaba para terminar mi tercer acto vino en aquel momento á mi imaginacion, y como aun estaba casi echado en mi rincon,

aunque tenia ya la boca abierta para hablar, volví á ocupar tranquilamente mi sitio, murmurando entre dientes:

—¡Es buena ideal! ¡Es buena ideal!

Cantillon creyó que habia perdido la cabeza y lanzó un suspiro.

En aquel momento detuvo su caballo diciendo:

—Aquí es.

Estábamos á la puerta de la casa de Nodier.

Quisiera hablaros un poco de Nodier, porque aunque no es posible conocerle sin amarle, pudiérais muy bien amarle sin conocerle. Otro día lo haré.

Subí á la habitacion del autor de *Tribly*, y no tardé en volver á bajar, instalándome otra vez en el coche y diciendo á Cantillon:

—M. Taylor, calle de Bondy.

Echó á andar el caballo, y entonces Cantillon me preguntó:

—¿No es M. Carlos Nodier un caballero que escribe cuentos y novelas?

—Precisamente; pero ¿cómo sabes tú eso?

—He leído una novela suya, que habla de una jóven cuyo amante fué guillotinado.

—¿*Teresa Aubert*? dije.

—Esa misma. ¡Ah! Si yo conociera á ese caballero le daría un magnífico asunto histórico para una novela.

—¡Ah!

—Tal como lo oís, y si yo maneja la pluma tan bien como el látigo, no se lo daría á otro, sino que yo mismo haría la novela.

—Pues bien, ¿quieres darme ese asunto? exclamé.

—¡Bah! ¡A vos no es lo mismo! respondió.

—¿Por qué?

—Parque vos no haceis libros.

—Es verdad, repuse; pero hago dramas y puede que tu historia me sirva para uno.

Cantillon me miró fijamente y dijo:

—¿Sois acaso el autor de *Los dos ahorcados*?

—No, amigo mio.

—¿Y de *La posada de Adrets*?

—Tampoco.

—Entonces, ¿para que teatro escribís?

—Hasta ahora he escrito para el teatro frances y el Odeon.

Cantillon hizo un movimiento de labios que me dió á entender claramente que habia perdido mucho en su ánimo, y despues de reflexionar durante un momento, dijo:

—He estado algunas veces con M. Eugenio en el teatro Frances, y allí he visto á M. Talma en el *Sila*: era todo un retrato del emperador, pero me gusta mas *La Posada de Adrest*.

Yo no sabia qué contestarle.

—¿Haceis tragedias por ventura? preguntó mirándome de reojo.

—No, amigo mio.

—Pues entonces, ¿qué haceis?

—Ya te lo he dicho: dramas.

—¡Ah! ¡Sois romántico! El otro dia llevé en mi coche un académico que zurraba á los románticos de lo lindo. Escribe tragedias, y me recitó un trozo de la última que ha hecho. Yo no sé su nombre; pero es un señor seco, que lleva la cruz de honor y tiene muy encarnada la punta de la nariz. ¿Le conoceis vos?

Hice con la cabeza una señal afirmativa, y dije:

--Pero..... ¿y tu historia? Puede que me sirva para algo, y.....

--Bueno, en ese caso os la contaré; pero os advierto que es una historia bastante triste.

--No importa; cuenta.

--Pues habeis de saber, dijo Cantillon, que no siempre he sido yo cochero de alquiler. Hace dos años estaba al servicio de M. Eugenio... ¿no habeis conocido á M. Eugenio?...

--¿Eugenio de qué?

--No lo sé; ni he conocido á sus padres, ni he sabido nunca su apellido. Era un jóven de vuestra edad, muy buen mozo y con diez mil libras de renta; pero de carácter algo triste. Por lo demas, desde que entré en su casa jamas me dijo una palabra mas alta que otra. Un dia se encerró en su gabinete y me dijo:

--Cantillon, si viene M. Alfredo de Linar, dí que no estoy en casa.

M. Alfredo vivia en el mismo hotel que nosotros y se habia pegado á mi amo, que no le podia ver.

No tardó en llegar y preguntó por M. Eugenio.

--No está, respondí.

Pero en aquel momento tocó mi amo, oyóle M. Alfredo y exclamó:

--Tu amo es un indecente; dícelo de mi parte.

Como comprendereis, guardeme bien de decírselo.

Aquella misma noche fuimos á una reunion á la calle de la Paz, y á la media noche salió M. Eugenio de un humor endemoniado: se habia encontrado con su vecino y habian cambiado algunas palabras.

Llegamos al puente de Austerlitz, y al cruzarlo vimos una

mujer que sollozaba de tal modo que no oyó el ruido del carruaje.

--Detente, me dijo mi amo.

Y me detuve, al mismo tiempo que echaba pié á tierra.

La mujer iba delante, mi amo detras; de repente aquella desgraciada sube sobre el pretil y se arroja al agua. Mi amo no vaciló y se arrojó tras ella.

--Si me quedo aquí, pensé, en nada puedo ayudarle; pero si me arrojo al agua, como nado lo mismo que un plomo, tendrá que salvar á dos en vez de uno.

Tomé entonces mi partido; hice parar el caballo, que tenia cuatro años menos sobre el cuerpo y mas celemines de cebada en el vientre, y corrí á la orilla del rio.

Habia allí una barquilla y salté dentro sin vacilar. Busqué mi cuchillo para cortar la cuerda y lo habia olvidado; no sabia que hacer, y en tanto, mi amo nadaba lo mismo que un salmon.

Dí tan fuerte tiron á la cuerda que se rompió y caí de espaldas en el fondo de la barca.

--No es este momento oportuno para contar las estrellas, dije.

Y me levanté de un salto.

Con el golpe la barca se habia separado de la orilla. Busqué los remos y no encontré mas que uno; no sé dónde habia ido á parar el otro. Así y todo, me puse á remar como pude.

Toda mi vida me acordaré de aquel momento, señor. Hubiérase dicho que el rio era de tinta: tan negra se veia el agua. De tiempo en tiempo solamente se veia una ola que mostraba un poco de espuma, y despues aparecia un momen-

to la blanca falda de la jóven ó la cabeza de mi amo que se acercaba á ella.

Una sola vez reaparecian los dos al mismo tiempo, y oí á M. Eugenio que decia:

—Bueno, ya la veo.

En dos brazadas llegó al sitio donde flotaba la falda; y de repente ví que no salia del agua mas que sus piernas entrelazadas, desapareciendo en seguida.

Yo estaba á diez pasos de ellos, bajando el rio llevado por la corriente, apretando el remo entre las manos como si se me fuere á escapar, y diciendo:

—¡Dios de Dios! ¡Que yo no sepa nadar!

Un momento despues volvió á aparecer, trayendo á la jóven que estaba sin conocimiento, asida por los cabellos. Mi pobre amo empezaba á fatigarse y era ya tiempo de ayudarle. Su pecho aspiraba el aire con dificultad, y aun conservaba la fuerza necesaria para sostenerse sobre el agua, le costaba un trabajo infinito sostener á la jóven, cuyo cuerpo inerte pesaba lo mismo que el plomo.

Volvió á todas partes la cabeza para ver de qué lado estaba mas cerca la orilla, y entonces me apercibí.

—Cantillon, dijo con voz ahogada, ¡á mí!

—Yo estaba casi sobre el borde de la barca, tendiéndole el remo, pero faltaban mas de tres piés para que pudiera cogerlo.

—¡A mí repetia; ¡Cantillon!

Una ola le pasó sobre la cabeza; yo estaba con la boca abierta y los ojos fijos en el sitio en que habia desaparecido; volvió al fin á salir á flor de agua, y respiré como si me hubieran quitado de encima un peso enorme; mi remo estaba

siempre tendido, y haciendo grandes esfuerzos pude aproximarme un poco mas.

—¡Valor, mi amo, valor! le grité.

No pudo responderme.

—Dejad á esa mujer, le dije, y salvaos.

—No, no, repuso con angustia.

No sé si iba decir mas, porque el agua le entró en la boca y le cortó la palabra. ¡Ah, señor! No habia en mi cabeza ni un solo cabello del que no cayese una gota de agua. Estaba casi fuera de la barca, alargando el remo, y veia que todo andaba al rededor de mí. El puente, el hotel de Guardias, las Tullerías, todo daba vueltas, y en tanto, yo no miraba mas que aquella cabeza que se hundia poco á poco, aquellos ojos que aparecian á flor de agua y que me miraban con una fijeza aterradora, como pidiéndome socorro; despues no ví mas que sus cabellos, luego los cabellos se hundieron como el cuerpo y el rostro, y solo un brazo apareció sobre la superficie del agua, con los dedos rígidos y crispados.

Hice el último esfuerzo, un esfuerzo casi sobrehumano: tendí el remo y... por fin, pude ponerle la punta en la mano.

Cantillon se enjugó la frente y yo respiré.

Luego continuó:

—Es una gran verdad lo que dicen de que el que se está ahogando se agarra por salvarse á un clavo ardiendo. Mi amo asió el remo con una fuerza tal, que sus dedos quedaron marcados en la madera: le apoyé en la borda de la barca, me cargué con todo mi peso en el otro extremo, hice la balanza, y M. Eugenio reapareció sobre la superficie del agua. Temblaba de una manera tal, que temia romper el remo: estaba casi echado, con la cabeza al nivel de la borda, y poco

á poco fui atrayendo el remo sujetándole al mismo tiempo con mi cuerpo.

M. Eugenio tenia la cabeza caída hácia atrás, como quien está desvanecido: yo tiraba sin cesar del remo, y el cuerpo de mi pobre amo iba aproximándose poco á poco. Al fin, cuando estuvo bastante cerca extendí el brazo, le cogí por el puño y se lo apreté como en un torniquete. ¡Ya estaba mi negociol! Ocho dias despues, mi amo tenia aún las marcas azules de mis dedos alrededor del brazo.

No habia soltado á la jóven y tuve que subir á los dos, uno despues de otro, depositándolos en el fondo de la barca, donde permanecieron inmóviles como muertos.

Llamé á mi amo é intenté abrirle las manos, que tenia cerradas; fué imposible: estaban mas apretadas que las dos cáscaras de una nuez.

Cogí mi remo, y remando con él quise ganar la orilla.

Cuando tengo dos remos no dejo de ser un regular marinero; pero con solo uno era siempre la misma cancion. Querria dirigirme á un lado é iba hácia el otro: la corriente me arrastraba; tuye que convencerme de que eran vanos mis esfuerzos, y cuando ví que irremisiblemente íbamos á dar al Havre, me dije.

—¡Diablol Basta de mal camino: pidamos socorro.

Y me puse á gritar como un desesperado.

Oyéronme los pescadores que habitan la pequeña barraca á que se hacen dirigir las noyas que sirven para la pesca de las anguilas, y al instante echaron su barco al agua. En cuatro golpes de remo se reunieron á mí y sujetaron mi batel al suyo. Cinco minutos despues mi amo y la jóven salvada estaban tendidos en la orilla, sobre la arena, como dos arenques.

Preguntáronme si tambien yo habia caído al agua y respondí que no; pero que era igual, pues si querian darme un vaso de aguardiente, eso volveria el calor á mi corazon. La verdad es que mis piernas temblaban como si fueran hebras de hilo.

Mi amo volvió en sí y se arrojó á mi cuello, llamándome su salvador; luego apereibió á la jóven, que continuaba desmayada, y dijo á los pescadores:

—¡Mil francos para vosotros si se salva la vida de esta jóven! Y tú, Cantillon, ve á buscar el cabriolé.

Salí á escape, dirigiéndome al punto donde habia dejado el coche, y no le encontré: algun ladron se lo habia llevado; pero al dia siguiente nos lo devolvió la policia.

Volví á decir á mi amo lo que sucedia, y me mandó que buscase un fiacre. No tardé en encontrarle, metimos en él á la jóven, subimos nosotros, y mi amo dijo al cochero:

—Calle del Bac, 31.

Al ponerse el coche en movimiento, la jóven, que habia empezado á recobrar el conocimiento, volvió á desmayarse. Apenas llegamos á casa, mi amo me mandó ir á buscar un médico, y cuando volví con él, encontré á Mlle. María..... ¿os he dicho que se llamaba María?

—No.

—Pues bien, ese era su nombre. La encontré tendida en el lecho de mi amo, y no puedo deciros lo bonita que estaba con su palidez, sus ojos entreabiertos y sus manos cruzadas sobre el pecho; parecia la Virgen, y no tardé en conocer que estaba en cinta.

—¡Ah! Por eso sin duda se habia arrojado al río.

—Decís justamente lo que mi amo dijo al médico cuando le dió la noticia del estado de la jóven. Hiciéronla luego

volver en sí, y apenas recobró el conocimiento rompió á llorar con grande amargura.

—Es necesario consolarla, dijo el médico.

En tanto, la jóven, á través de sus lágrimas, miraba con extrañeza á todas partes.

—¿Dónde estoy? preguntó.

—Tranquilizaos, señora, la respondió mi amo; en mí encontrareis, miéntras esteis en mi casa, el respeto y las atenciones de un hermano, y cuando vuestro estado de salud permita que os trasladéis á vuestra casa, yo me encargaré de conducirlos.

—¡Ah! exclamó de pronto; ya me acuerdo, sí... ¡He querido!... ¿Sois vos, caballero, quien me ha salvado?... ¡Oh! ¡Si supiérais qué funesto servicio me habeis hecho! ¡Si conociérais el porvenir de lágrimas que me espera!

Mi amo la consoló como pudo, y á todas sus palabras contestaba la jóven:

—¡Si Supiérais!.....

—Lo sé todo, respondió en voz baja M. Eugenio.

—¿Vos?

—Sí; habeis amado demasiado y habeis sido burlada, abandonada.

—Sí, señor, villanamente burlada, cruelmente abandonada.

—Pues bien, dijo M. Eugenio, confiadme vuestras penas; yo no debo ser para vos un extraño.

—No, no; un hombre que así expone su vida es un hombre generoso. ¡Ah! ¡Vos no habeis abandonado á ninguna pobre mujer, dejando en su corazón una herida incurable! Sí, os lo diré todo; pero, en tanto, permitidme que escriba á mi padre..... ¿Permitireis que venga aquí, no es verdad?

—Sí, si por cierto; escribid y no perdais un momento.



Estaba hermosa con su palidez y sus manos cruzadas sobre el pecho.